

# Haya por Haya

## *Apuntes para sus Memorias*

GUELY VILLANUEVA  
(Compilación, selección y notas)

## Proemio

### Haya, vivir por la patria y por los pobres

Cuando Rafael Tapia me abrumba con las hojas impresas de este libro, las leí de un tirón un fin de semana entero y me estremecí. Debería guardar serenidad para la misión que me han confiado, se supone, ecuánime, académica. ¿Es eso posible? Lo intentaré, no sin antes confesar mis emociones de lector y ciudadano. Este libro es un escalofrío de dolorosa peruanidad, es una sacudida moral, una conmoción histórica. Por sus páginas desfila, no solamente la vida de Víctor Raúl Haya de la Torre, sino la tragedia de un país inconcluso: el nuestro. No es un asunto que concierne al pasado, no lo es, por desgracia. Es la historia de una propuesta, acaso lo que el filósofo Ernst Cassirer llama "la política del justo". Y como una polis, una ciudad, una Nación, pasó al lado de ella. Pero diré todo eso en orden, aunque en apretadas líneas.

Para comenzar, este es un libro de *memorias*. Y las memorias, como género, las hay literarias, y para citar una bien conocida, la de la escritora francesa Simone de Beauvoir, la compañera de Sartre (*Memoires d' une jeune fille rangée*), autobiografía, en ese caso, con ánimo de realismo. Puede haber otras completamente imaginarias, como las del emperador Adriano de Marguerite Yourcenar, vasto esfuerzo por ponerse en la piel de uno de los últimos césares sensatos de Roma, al filo de la llegada de los cristianos y los invasores nórdicos. Bien puede ser, pues, género para las muy desesperadas memorias: en vista de que la vida se acorta, François-René de Chateaubriand, al comprender que ni sus medios económicos de aristócrata sin dinero ni los plazos existenciales de su vida le permitirían ese gran fresco de la historia de Francia del que se sentía capaz, tanto

la Revolución como los años de Bonaparte incluidos, decide hacer algo, inventa un género, mezclando la historia con su propia vida. Eso es, a mi parecer, *Memorias de ultratumba*, admirable obra (mi libro de cabecera) que trabaja hasta el día de su muerte. Las hay, pues, póstumas, pero las hay serenas. Es el caso de un par de hombres de Estado y que lograron retiros tranquilos. Por ejemplo, las de De Gaulle, tituladas, y no por azar, *Memorias de guerra*, escritas “por un hombre viejo —dice— separado de toda iniciativa, sintiendo venir el frío eterno”. Pero qué frío ni qué ocho cuartos, el gran Charles vuelve a la acción después de su “travesía del desierto”, en 1958, y para fundar un régimen fuerte y, a la vez, democrático: la V República. El otro caso feliz es Winston Churchill, oficial del ejército inglés, historiador, escritor laureado con el Nobel, hombre de Estado de toda su vida. Hay que comprender que, antes de la Primera Guerra Mundial, ya era secretario de la Cámara de Comercio y primer Lord del Almirantazgo; pero no es en su retiro cuando redacta sus tres volúmenes de *Memorias*, sino en el curso de su vida activa, 1948-1953.

Hay, pues, memorias y memorias, algunas permanecieron inéditas, como las de Talleyrand, el inteligente y crápula Ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón, acaso una de las mentes más brillantes de su siglo. En suma, el género en sus inicios nació para disertaciones moralistas, como las de los filósofos franceses del siglo XVIII, las de Rousseau son *confesiones*; pero con el tiempo se vuelven autobiografía de hombres públicos; es el caso de Garibaldi, artesano de la Italia moderna. ¿Todos los hombres públicos? Bismarck escribió las suyas. Bolívar no, aunque han recopilado sus cartas personales y arengas, para que, por encima del ruido de las batallas y el estruendo de las intrigas, se escuche al hombre Bolívar, no solo al guerrero.

Y este es el mérito de las presentes memorias: Haya está ahí, desde el primer pliegue hasta la última página. Estos *Apuntes para sus Memorias*, que es un honor inmerecido por mí parte comentar, se acerca a los casos en que no hubo tiempo para el gran desaparecido y, en consecuencia, alguien compila los materiales. Ahora bien, este ejercicio de afecto pudo haber sido desastroso. Hay compilaciones que retuercen el legado del que se ha ido al reino de los muertos. Esta *Memoria* del inmenso Haya de la Torre, en cambio, es sensata, su lógica desconoce el capricho. Hay que agradecer, y lo digo sin ambages cortesanos, a Gueily

Villanueva por su compilación, selección y notas. Y a sus editores en este Fondo Editorial, cuya sensibilidad para el hallazgo es ya evidente; porque el caso es sencillo y tremendo: Haya no tuvo tiempo para escribir sus memorias. No tuvo el lujo del retiro sereno, porque el Perú no es políticamente hablando un viejo reino liberal bien constituido como Inglaterra ni una república inamovible, no. Se le necesitó hasta la Constituyente de 1979 e iba para más, hacia la Presidencia, si es que no tercia en nuestro destino colectivo la crueldad de la muerte. Así, acariciando la idea de escribirlas (deseo que aparece a lo largo de estas páginas autobiográficas), nos hubiéramos quedado sin ellas de no mediar el inteligente artificio de reunir las, como aquí. Trozo a trozo, paso a paso. Pero ¡qué trabajo de benedictino!, ¡qué paciencia!, qué ¡patriotismo!

He leído, pues, estas páginas desde un inicio, que es premonitorio cuando los primeros pasos son los de un diario, *La Industria* de Trujillo, que el padre de Haya funda “con el escondido secreto de que fuera yo su Director”. Y es premonitorio que el único hermano de su padre fuera misionero. Aparecen también en esa crónica de infancia (el orden cronológico es un acierto) lugares como Moche, los jueves de los compadres, gente sencilla del lugar. Y luego siguen las revelaciones. Por mi parte, siempre me pregunté de dónde le venía al joven Haya el gusto por las bibliotecas, la lectura. Resulta que todos los Haya habían sido seminaristas, se refiere al colegio de “unos padres franceses paulistas”. El “rigor cartesiano”, dice el propio Haya y, al lado, la otra raíz, sin duda decisiva: “la influencia de los anarquistas lugareños”. No, no voy a extraer todo el zumo de este árbol de conocimientos que es este largo relato de Víctor Raúl, donde aparecen Vallejo, Orrego, Prada, Sánchez, entre los primeros. Voy a dar un salto al Haya mayor.

Me conmueve que ese perseguido político, encerrado en la Embajada de Colombia, sea a la vez un *scholar* preocupado porque las circunstancias le impidan trabajar uno de sus libros, “con 400 citas”, obra política basada en citas de Aristóteles, al que el perseguido Haya cotejaba con “un diccionario griego-inglés de Oxford”. Obviamente se le ha quedado atrás en la huida de la policía del dictador Odría. Me sigue conmoviendo que el primer trabajo formal que tuvo en México en junio de 1923 fuera el de maestro misionero. Es asombroso el odio que suscitaba: al ama de llaves colombiana que trabaja en la Embajada, se le acer-

ca una señora peruana y le propone “envenene a ese hombre que se ha refugiado ahí. Déle veneno, yo la ayudaré”. Y me sigue asombrando cómo el tribuno Haya, el hombre a la cabeza de una organización que era a la vez un partido prohibido y una fraternidad de luchadores, pese a todo, mantenga esa nota del espíritu que aparece en cada momento de su vida: la extrema bondad, por sus compañeros, por sus amigos, y por los que ha incomodado en su residencia en la Embajada de Colombia, y por los animales de la casa, y el gallito que educa, y por los niños de esa casa; y cuando se tiene que ir, ¡oh sorpresa!, cuando le dicen que va a quedar libre, tiene entonces, con la emoción de la liberación, la inmensa pena de salir de ese lugar que ha sido, durante cinco años, un hogar. ¿Haya el gran solitario? Las presentes memorias abren diversos campos de exploración. Me sorprende también la salud mental y la rapidez con la que la vicisitud que provoca su destino de líder de grandes reformas radicales en un país como el Perú se compensa, porque el jefe aprista es también un viajero, un curioso, un sabio, y luego de la embajada-prisión, visita entusiastamente México, Uruguay, las democracias escandinavas para ver cómo han resuelto el tema de la inclusión de sus lapones, pensando en los indios peruanos. Hay en sus cartas un profundo sentimiento humano. Me emociona la ausencia de una sola línea negativa para el país que lo declaró, aun por el capricho de un dictador, “indigno de la nacionalidad”, porque Haya tuvo que viajar con pasaporte o mexicano o uruguayo.

Escritos, cartas y documentos, sí, pero de rara, rarísima, sinceridad. Un inmenso e interminable diario, a la vez público y privado, del político y hombre de Estado más influyente en la vida republicana peruana que, sin embargo, pese a su poder como orador y organizador y a la convicción de sus partidarios y a desmedro de la poderosa maquinaria política que era el aprismo de sus días y que no desaparece a su muerte, no logra, no lo dejan llegar por la vía de las urnas al poder legítimo y emprender la salud del Perú. Y como se trata del memorial de una vida, está el amor popular, pero también los agravios. Me ha estremecido porque revela la terrible tragedia de la vida peruana. Su desorden, el peso de la noche, el plomo de la inquina sobre las grandes causas. No, un peruano como yo no puede leer estas páginas magníficas —y a la vez, terribles— sin sentir sentimientos encontrados ante esa prosa, tierna a ratos, vehemente en otros, como la de un profeta airado del Antiguo Testamento. Admiración y conmoción al ver el

desfile de la vida de un hombre finalmente bondadoso que se llamó Víctor Raúl Haya de la Torre, que no tuvo ni familia ni hogar propio ni fortuna, sino dedicación entera a la causa de los pobres. Y, entonces, en la noche limeña, he llorado. Lágrimas viriles ante esa tumba literaria. Y he sentido también vergüenza, una ajena por aquellos que ahora pueblan los cementerios, las generaciones pasadas, pero que no supieron escuchar el gran llamado de este hombre. Cómo negar que tuvo razón: quién se extraña hoy de que mercado y Estado trabajen juntos, con modalidades diversas, desde el Pekín de estos días al Washington de Obama. Los perdió un antiaprismo de pacotilla (que en el Perú suele ser una suerte de carrera intelectual), la costumbre del desprecio al rival y vanidades de aldea. Lo he dicho antes en mis libros y ahora lo repito: Haya es grande, pero no llegó al poder ni a puesto público alguno, “ni el del regidor de municipio”, dice en estas mismas memorias. Se guardó para la Gran Transformación, que no llegó. Y eso, explicar ese gran descuido del siglo veinte me llevaría a un tratado sobre el mal peruano. Este Perú, el actual, es uno donde Ben Gurión no funda Israel ni Nehru emancipa la India ni Mandela establece la coexistencia pacífica de etnias y culturas. Y ese paso que no se dio en el siglo pasado, lo arrastramos como el mayor de nuestros déficits institucionales y la mayor de las culpas colectivas. ¡Ojalá que el destino histórico del Perú, si sobrevive en este siglo a sus conflictos intestinos, no nos cobre en el siglo XXI lo que dejamos de hacer desde los siglos XIX y XX: construir una comunidad política! No la tenemos. Una comunidad política en la que quepan contrincantes, pero no como enemigos; no sabemos vivirlo así.

De modo, que en el epílogo de esta lectura, me pregunto qué final le puedo poner. Puesto que todos venimos de Atenas y de Jerusalén (de Sócrates y de Jesús si así lo quieren), proponga dos parábolas, una bíblica y otra griega. Tuviéramos un Moisés señalando el desierto de la aventura, pero también el camino de la liberación no solo del Imperio, sino también de nuestros peores defectos, un camino de esfuerzo, pero sin sangre, pero dudaron los que ahora están muertos. No importa quién ganó. No ganó Haya. La otra es más sencilla. Homero recuerda que quien se halla tanto en *La Ilíada* como en *La Odisea* es Ulises. Después de Ulises, dice Calasso, “comienza la vida sin héroes, donde las historias no ocurren ejemplarmente, sino que se repiten y se cuentan. Lo que ocurre es la mera historia”. Haya de la Torre era un titán. Pero hombres comunes y mortales que somos,

en la mera historia, aprendamos a vivir después de los héroes y resolver, como lo hicieron los primeros ciudadanos en la *polis* griega, las cosas públicas entre nosotros mismos. Hay un momento en que los dioses se cansan de nuestras iniquidades y puede que no nos envíen ni profetas ni nuevos héroes. Esperando que nos hagamos adultos y asumamos, ausente el Padre, nuestra propia tarea de salvación, por caminos sensatos y realistas, como lo quería, estoy seguro, el propio Haya. ¿No nos dijo a todos, no solo a los apristas, en el lecho de muerte: “Bueno, ahora les toca a ustedes”?

HUGO NEIRA  
Surco, febrero de 2009

Biblioteca del Congreso del Perú

324.2850092

H28

Haya de la Torre, Víctor Raúl, 1895-1979.

Haya por Haya. Apuntes de sus memorias / Guely Villanueva  
(Compilación, selección y notas); presentación Javier Velásquez Quesquén;  
prólogo Mauricio Mulder. –

Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2009.

xxxii, 569 p.: fot.

ISBN: 978-9972-221-68-2

HAYA DE LA TORRE, VÍCTOR RAÚL, 1895-1979 / POLÍTICOS / BIOGRAFÍAS  
/ PENSAMIENTO POLÍTICO / IDEOLOGÍAS POLÍTICAS / POLÍTICA / APRISMO  
/ PARTIDOS POLÍTICOS / HISTORIA / PERÚ

I. Villanueva, Guely

I. Velásquez Quesquén, Javier

I. Mulder, Mauricio

GUELY VILLANUEVA

## HAYA POR HAYA. Apuntes para sus Memorias

Carátula FOTOGRAFÍA DEL ARCHIVO PERSONAL DE ALBERTO VERA LA ROSA

Diseño y diagramación DIANA PANTAC

Corrección CÉSAR RODRIGUEZ

Asistencia de producción ROSA PANDO, TITO AGÜERO, ISELA MALCA Y ALEX SAMAMÉ

Martha Hildebrandt, Presidenta del Consejo del Fondo Editorial del Congreso del Perú

© Fondo Editorial del Congreso del Perú  
Jr. Huallaga 364, Lima  
Teléfono: 311-7777, anexo 7846; telefax: 311-7735  
Correo electrónico: fondoeditorial@congreso.gob.pe  
<http://www.congreso.gob.pe/fondoeditorial/inicio.htm>  
Impreso en el Perú  
2009

Impreso en Litho & arte sac

Lima febrero de 2009

Primera edición

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2009-02599

Tiraje: 1 000 ejemplares